

de las escuelas inferiores es la preparacion para emprender el estudio de las ciencias. Entre estas la teología ocupa, en su concepto, el primer puesto. «La infancia pasa rápidamente,—dice Murnelio en esta obra,—pero la puerilidad queda si no se acaba con ella á fuerza de aprender.»

La segunda obra titulada: *Pappa puerorum* (El padre de los muchachos), es un libro de ejercicios para los jóvenes alemanes que quieran aprender el latín. Contiene un vocabulario bilingüe, una coleccion de los refranes mas usados; preceptos morales y de urbanidad, y diálogos entre dos muchachos. En estos últimos, revelan la índole de la época algunos que enseñan á insultarse de palabra, como á llamarse *nebulo*, *veterator*, *carnifex*, que traduce respectivamente, lameruzo, puerco, pillastre; al compañero que no responde bebiendo, cuando el otro ha bebido, se le dice:—¡Si no bebes, te arrojé el vaso á la cara! (*Nisi tantundem potaris, hunc calicem in os tibi impingam.*)

La tercera obra lleva por título: *Scoptarius* (El barrendero), «dirigida,—dice el autor,—contra los defensores de la barbarie y los despreciadores de las humanidades.» El objeto de esta obra era acabar con los libros anticuados de gramática y dialéctica, y recomendar en su lugar los mas científicos de los humanistas, á cuyo fin da una lista respetable de ediciones y comentarios de los autores clásicos, publicados en los últimos decenios anteriores. Al mismo tiempo señala como libro de lectura latina para las escuelas, á Terencio, á pesar de los muchos contrarios mogigatos que este autor tenia, y como lectura general, la Sagrada Escritura.

La gramática latina usada universalmente hasta principios del siglo XVI, era el doctrinal de Alejandro de Villedieu (de Villa Dei), que escribió en el año 1199 en latín y en verso, pero en versos que no podían ser peores, tanto que para entenderlos era menester un estudio expreso. Contenia esta obra la gramática, la sintaxis y la prosodia. Gracias á los maestros, á cuyo uso estaba destinada, mas que al de los alumnos, pudo sostenerse con sus glosas, peores todavía que la obra misma, durante tres siglos, como casi único fundamento de la enseñanza del latín y de la gramática en general. Si malos eran los versos, no era mejor la distribución de las materias, porque en sus doce capítulos trata sucesivamente la declinacion regular é irregular, los comparativos y superlativos, el género, los pretéritos y supinos, los verbos irregulares, algunos grupos de verbos como, por ejemplo, los frequentativos; el empleo de los casos, la construccion de los verbos, adjetivos y conjunciones, la métrica, el acento y las figuras gramaticales. Semejante distribución está reñida con la lógica; ni es metódica ni puede dar al alumno una idea cabal del idioma. El defecto mayor, sin embargo, es la petulancia que respira, pretendiendo ser preferible á los autores clásicos latinos.

Menos que esta gramática privilegiada valian los diccionarios, que por lo mismo quedaron mas fácilmente derrotados. Uno de los peores era el de Hugocio, escrito en el siglo XIII, y cuyo ignorante autor habia tenido la presuncion de ser gran etimologista; pero el desgraciado derivaba voces latinas de otras voces latinas, como *auscultare*, de *auris sono culcare*; *licitor*, de *legis ictor*, y aun cometia el error todavía mas craso de derivar palabras griegas del latín, como *presbyter*, de *præbet suis iter*; *anachoretus*, de *cor agentes*, es decir, *jejunio*, y otras simplezas por el estilo y peores.

Increible parece que la primera generacion de humanistas no comprendiera, salvas contadísimas excepciones, que con semejantes auxiliares era imposible adquirir un conocimiento cabal de las lenguas antiguas; y sin embargo, pasaron muchos años, decenios, antes de que se hicieran los primeros ensayos tímidos de sustituir estos libros de enseñanza por

otros; y cuando el reinado del humanismo habia llegado ya á su fin, todavía no se habian compuesto nuevos libros en número suficiente para hacer inútiles los anticuados. Reuchlin fué quien abrió la via de la reforma con su gran obra: *Vocabularius breviloquus*, de la cual desde 1478 hasta 1504 se hicieron 25 ediciones. Imperfecto en sumo grado, presentó la novedad de sacar sus voces directamente de los autores clásicos, en lugar de ser un simple vocabulario de la Vulgata. Los diccionarios y gramáticas que siguieron á esta obra, para sustituir á los libros anticuados, fueron en el fondo libros adaptados á uno ú otro clásico, y los diccionarios que no eran, digámoslo así, vocabularios especiales, eran una especie de enciclopedias de los clásicos antiguos, por supuesto rudimentarias é incompletas, reducidas á ser simples suplementos de tal ó cual gramática. Uno de estos fué el vocabulario de Juan Altensteig, publicado en el año 1508 y durante mucho tiempo el manual mas en boga entre los pedagogos humanistas. No se pensaba entonces en colocar los vocablos por orden alfabético ni podia exigirse que estas obras fuesen completas; el vocabulario de Altensteig, como otros libros de su clase, distribuía las voces en ocho grupos, correspondientes á las ocho partes del discurso; y tampoco las disponia dentro de cada grupo por orden alfabético, siendo además tan incompletas que en los numerales solo figuran los primeros, con la nota de que el que desease saber los demás los hallaría en la obra de Valla. Casos iguales son muy frecuentes en este y otros libros; muchos dirigen al lector curioso á autores griegos, generalmente con el objeto exclusivo de anunciar que el autor sabe el griego y conoce sus autores; pero del alemán nadie se acuerda, pues el objeto era cabalmente latinizar á la juventud alemana.

El vocabulario de Altensteig estaba destinado por su autor para servir de complemento á las gramáticas latinas de Heinrichmann y Brasican, ambos catedráticos en la universidad de Tubinga. En estas gramáticas no hay que buscar ninguna disposicion tipográfica para facilitar el estudio, haciendo resaltar lo importante entre lo de menor importancia. Carecen tambien de una buena distribución, y en cambio abundan las rarezas, como por ejemplo la de suponer ocho casos en lugar de seis, contando por séptimo el ablativo sin preposicion, y por octavo el dativo cuando reemplaza á un acusativo regido de una preposicion. Entre los adverbios se hallan *Roma* y *Tubinga*.

Los ejemplos que dan los citados autores en sus gramáticas son á menudo intencionados, como los siguientes: «Maximiliano (el emperador) y María son muy justos.» «Constantza es una ciudad inmediata á Suiza, pero que nunca se separará del imperio.» «Dicese que Basilea se ha separado de Alemania.» Esto, sin embargo, no es indicio del patriotismo de los autores, que si por algo se interesaban era por el latín y su dominio, y si temían á los enemigos del imperio, no era porque se interesasen por este, sino por las calamidades que acompañaban á las guerras y que sufrían las clases bajas casi exclusivamente. Los enemigos para estos gramáticos eran los que deshonraban el latín cometiendo faltas gramaticales, es decir, los bárbaros, como ellos los llamaban. El buen latín, decían, se diferencia del latín de los sofistas como el plomo del hierro; y por esto se consideraban como bienhechores de la Alemania enseñando á sus hijos esta lengua, en cuya creencia les afirmaban los elogios que les prodigaban otros humanistas, ó mejor dicho, latinistas, como Enrique Bebel, que equiparó á los dos profesores gramáticos con los grandes héroes romanos, Manlio y Camilo.

Además de los libros de enseñanza urgían otras reformas para mejorar los estudios; habia, en primer lugar, que vencer

la repugnancia que retraía al pueblo por una parte y á la nobleza por otra, de asistir á las escuelas, y en segundo lugar, era menester suavizar, ó mejor dicho, humanizar el trato y la disciplina.

Los nobles miraban la necesidad de aprender como una cosa indigna de su posicion superior y privilegiada, mientras que los pobres y villanos no veían ninguna utilidad en la instruccion, sino, muy al contrario, una pérdida de tiempo que podían emplear mejor. A estos se agregaban los clérigos ignorantes, que condenaban el estudio como causa y fomento de la irreligiosidad. La lucha contra estos últimos fué la mas dura para los humanistas, porque á los pobres se podia atraer á las escuelas con la perspectiva de conseguir una posicion mejor, y entre los nobles no faltaron individuos, mas inteligentes é ilustrados que la generalidad, que comprendieron las ventajas de la enseñanza y de la ciencia. Uno de estos últimos, y por cierto de los mejores, fué Segismundo de Herberstein (1486 á 1566), que se distinguió ventajosamente como viajero, historiador y diplomático. Este dice respecto de los de su clase, en su autobiografía, correspondiente al año 1497, es decir, cuando tenia once años é iba á la escuela: «Hube de oír muchas mofas por ir á la escuela; los ignorantes (de su clase) me llamaban doctor, bachiller, preboste, escribiente y escolar. Contestaba yo á los que me llamaban doctor, que sentía no serlo, pero que algo habia aprendido, que sabia escribir y otras cosas que el que me zaheria no sabia, y que, de consiguiente, creia ser mas que él. Esto me dió mucha fama entre los inteligentes.» El ejemplo fructificó, y ya á principios del siglo XVI habia algunos nobles de elevada categoría que hacían gala de añadir á su nombre este título: «Doctor y caballero» (*doctor et miles*).

El trato en las escuelas era bárbaro y el palo siguió reinando de una manera bestial, todavía en el primer período del humanismo. Lutero cuenta en sus escritos que un maestro le vapuleó quince veces, y Erasmo refiere que otro seguía la regla de sacar cada dia, despues de la comida, que se hacia en comun, á uno de los alumnos para hacerle azotar por un hombre encargado expresamente de este trabajo, y que como estúpido no soltaba al alumno, por delicado que fuese, hasta que el sudor le caía en gruesas gotas de la cara y el muchacho quedaba sin sentido á sus piés. A veces gritaba el maestro hasta repetidas veces:—¡Basta, basta!—pero el comité bestial no cesaba hasta que estaba rendido, y entonces el maestro, con el ademán mas tranquilo del mundo, se dirigía á los discípulos diciendo: «Verdad es que nada habia hecho, pero era necesario humillarle.»

Algo se fué mejorando este sistema entonces, y se refiere de un tal Trebonio, maestro en Eisenach, que cuando entraba en la clase se quitaba el sombrero y decia á su pasante: «Aquí están sentados muchachos de los cuales Dios hace alcaldes, cancilleres y doctores.»

Trato tan bárbaro correspondía á la barbarie de los alumnos ó escolares, entre los cuales abundaban los elementos mas protervos, sobre todo entre los que llevaban mas tiempo de escuela, muchos de los cuales eran ya hombres barbados y caracteres patibularios, mientras los noveles, corrompidos desde su infancia y víctimas de los anteriores, que los maltrataban tan atrocemente, no tenían ni tiempo ni ganas de estudiar, ni disposicion para ello. Con semejante juventud ocurrían continuamente conflictos de toda clase, como se puede ver por la siguiente muestra recientemente publicada, que se encuentra en una crónica de la ciudad de Nuremberg: «El 17 de julio de 1500 los alumnos de San Sebald, en Nuremberg, no dejaron entrar á los profesores en las clases, y como las amonestaciones no les hicieron cambiar de pro-

pósito, fué menester que los soldados de la ciudad les sitiásen. Estos no quisieron al principio prestarse á la empresa, porque en otra ocasion les habia dicho el maestro de la escuela que se cuidasen de ahorcar ladrones, que él ya se compondría con sus discípulos; pero finalmente obedecieron á una orden superior y tomaron por asalto la escuela, defendida por los escolares armados de lanzas. Despues que hubieron penetrado en ella vieron que la mayor parte de los estudiantes se habian salvado saltando por las ventanas. El consejo municipal decretó que los escolares se sometieran al castigo que les impusiera el maestro ó salieran de la ciudad desterrados por un año.» No por esto quedó restablecido el orden, porque del año 1503 refiere la misma crónica, que los poetas, nombre que probablemente se aplicaba á los alumnos mas adelantados que estudiaban ya las humanidades, tuvieron un conflicto con el cantor de la iglesia de San Sebald y maestro segundo de la escuela, porque obligaba á los escolares á cantar en el coro. Esta contienda fué tomando tales proporciones que varios maestros perdieron sus plazas y los escolares se abstuvieron durante bastante tiempo de asistir á las clases, «cosa, dice el cronista, que no se ha visto quizás en cien ó mil años.»

El gran mérito de haber logrado introducir reformas en las escuelas pertenece á Jacobo Wimpeling, el gran pedagogo alemán (1450-1528). Su especialidad, como autor, era la enseñanza, á cuya mejora, reforma y fomento dedicó todos sus afanes. Para los principiantes ideó métodos para facilitarles el estudio y la adquisicion del mayor número de conocimientos; á la juventud universitaria dedicó discursos en Heidelberg (donde fué durante algunos años profesor de elocuencia y poética) y para los que seguían carreras especiales escribió obras como la *Apología pro republica christiana*, destinada á los juristas, y *De integritate*, dedicada á los teólogos. Para hacer comprender á los hijos de los príncipes soberanos su elevada y difícil mision escribió la *Agatharchia*, dirigida á Luis, hijo de Felipe, conde del Palatinado; y para animar á los mismos príncipes al cumplimiento de sus deberes, publicó la *Philippica*. No se olvidó tampoco del pueblo, porque en casi todas sus obras excita al pueblo alemán á sacudir su ignorancia para probar á las demás naciones que los alemanes no merecían la calificación de bárbaros. A este último objeto patriótico va encaminado su: *Epitome rerum Germanicorum*, la primera historia de Alemania.

Los principios de educacion fueron expuestos por Wimpeling, principalmente, en dos obras: *Isidoneo* (El Guia) y *La Adolescencia*, ambas en latín, por supuesto, lo cual no impide que recomiende en ambas la lengua y las costumbres patrias; insiste en proclamar la íntima relacion entre la enseñanza y la educacion, y la necesidad de unir á la adquisicion de conocimientos necesarios y útiles el cultivo y vigorizacion de la moral y de los sentimientos religiosos. El objeto principal de esta obra, segun el autor lo proclama en ella, es demostrar la importancia de la buena educacion, que es la única base verdadera de la religion y de la moralidad; el mejor adorno del hombre, á cualquiera clase que pertenezca; la salud del país, la guía infalible de la teología y de todas las ciencias y artes, y la única arma que asegura la victoria sobre los vicios y la corrupcion. Empieza el autor este libro con preceptos para aprender el latín, recomendando al discípulo que se cña á lo mas indispensable, evitando los comentarios difusos que se apartan del objeto; luego quiere que se utilice lo aprendido para escribir cartas, pronunciar discursos, saludar y dar la bienvenida á forasteros ó convidados, y despues se pase á la lectura de los clásicos, cuyos despreciadores, ya fuese porque creían que sin latín y demás estudios anticuados podia un hombre ser ilustrado, ó porque

creían estos estudios peligrosos á la moral y á la religion, merecen al autor las calificaciones mas duras, segun lo daba de sí la época, como *asnos bípedos, topos, bestias indolentes* y otras de este género. Los autores clásicos latinos que en su concepto no convienen para lectura en las escuelas son: Juvenal, Marcial, Persio, Ovidio y los elegíacos. Como autor cómico prefiere á Plauto.

La enseñanza del latín, dice despues, es la base, pero no el objeto de la instruccion, porque este último son las ciencias y la moral, y lo apoya diciendo: «Si alguna vez llega á ser posible una renovacion verdadera de nuestra Iglesia para volver á la antigua vida cristiana, no podrá hacerse esa renovacion sino sobre la base de una excelente educacion.» Por esto queria Wimpfeling, segun dice en la misma obra, que el maestro sirviera de ejemplo á sus discípulos, tanto en sabiduría como en conducta. Los ha de amonestar y enseñar, dice, pero no castigar, ni siquiera tocar la cabeza del alumno con la punta del dedo.

La segunda obra, *La Adolescencia*, es una coleccion de trozos de lectura en prosa y verso, sacados de autores antiguos y modernos, con alguna alusion política, como excitaciones á una guerra contra los turcos y expresiones virulentas contra los suizos por su rebeldía. En general el autor se propone en este libro educar y no instruir; insiste en la necesidad de estudiar solícitamente las disposiciones naturales de los educandos, y examina lo que el maestro debe proponerse con la educacion. Aconseja fomentar las buenas disposiciones y atacar de firme las malas, como la lubricidad, la inconstancia, la iracundia y la mentira. El fin supremo de toda educacion debe ser, en su concepto, la moralidad y la religiosidad, y para obtener estos dos fines es menester respetar la religion y á sus representantes, el pudor, la limpieza, la economía, la sobriedad en todo, en el hablar como en otros actos, etc.

Wimpfeling es el pedagogo clásico del humanismo alemán en su primer período, aunque en realidad no fué ni genio filosófico ni maestro práctico, porque jamas ocupó un puesto oficial en la enseñanza; además le faltaba el tacto psicológico necesario, pero toda su vida fué dedicada á la causa de la enseñanza y de la educacion. Los defectos de su sistema son la aplicacion de la instruccion á la vida práctica y el uso exclusivo del latín; defectos fatales, que aumentó Juan Sturm, el pedagogo alemán mas eminente del siglo xvi, y que se han trasmitido en gran parte hasta nuestros dias juntamente con otro añadido por Sturm, á saber, la tendencia á hacer servir toda la enseñanza en sus diferentes ramas para formar hablistas latinos que pudiesen rivalizar con Ciceron, en cuanto era posible en un país tan distinto de la antigua Italia como es la Alemania. Todos los esfuerzos de Sturm se dirigieron al cultivo de esta lengua muerta, que nadie era ni es capaz de resucitar, empresa, además de imposible, perjudicial á estudios mas necesarios. Este excesivo fomento del latín y de la elocuencia latina tenia tambien el defecto capital de ahogar el progreso del buen gusto, el desarrollo del sentimiento humano y la elevacion de espíritu, el ensanche del horizonte intelectual, y en fin, la poesía, mas noble y verdadera. En efecto, esta obcecacion pedantesca, inevitable en el humanismo alemán y padecida por tantos pedagogos en todas partes de Alemania, como por ejemplo, además de Sturm en Estrasburgo, Trotzendorf en Goldberg y Miguel Neander en Ilfeld, no llegó á conseguir que la Alemania fuese otro Lacio, ni superase á la Roma antigua, ni siquiera se igualara con ella respecto del manejo del latín, á pesar de las exageraciones de Frischlin, el cual en una comedia latina (*Julius redivivus*) hace preguntar á Ciceron resucitado qué juicio le merecian los poetas modernos, y el

interpelado contesta: «¿Qué me parece? Estoy dispuesto á jurar que todas las montañas de Alemania son Parnasos y Heliconas, y todas las fuentes Hipocrenes, sin contar lo que refieren las fábulas de Aretusa, y que el rio Permeso pasa debajo del suelo alemán y desemboca en el Rhin.»

No faltaron varones sagaces que conocieron que con esta enseñanza la ilustracion seria siempre parcial y grande el peligro que corria el genio nacional de Alemania, pero nadie hizo caso de ellos. Por lo demás, la culpa principal toca á Sturm y sus imitadores, pues que su actividad dista medio siglo de la de Wimpfeling, que con los suyos podia obstinarse en el entusiasmo por una cosa entonces tan nueva y deslumbradora como el renacimiento de la antigua literatura latina, cuando Sturm desde su niñez habia tenido ocasion de observar el desarrollo del idioma nacional alemán. Ni fué la culpa de las humanidades sino de sus apóstoles, limitados y fanáticos, el que echara raíces y se sobrepusiera á todos los demás ramos de enseñanza la del latín, exclusivismo que tanto ha perjudicado al desarrollo nacional, y cuya continuacion y consecuencias aquejan todavía hoy á la nacion alemana.

CAPITULO V LAS UNIVERSIDADES

En épocas de grandes conmociones sociales, en las cuales se muestra la juventud escolar fiel á su mision, guardadora de los bienes intelectuales, suele oírse que las universidades alemanas siempre han estado á la cabeza del movimiento intelectual; mas no es así, la historia proclama todo lo contrario, y para convencerse de ello, basta una mirada á la historia de la civilizacion en el siglo pasado, en el cual las universidades se mantuvieron poco menos que completamente indiferentes en frente de la singular excitacion de los ánimos. Si damos una ojeada á tiempos mas lejanos, como al siglo xvii, se observa que opusieron una resistencia por demás tenaz á las vivísimas instancias de muchos inteligentes para introducir en las aulas el uso de la lengua alemana y continuaron resistiendo las tendencias impetuosas de los amigos del progreso y de la ilustracion, y defendiendo muchas instituciones é ideas caducas. En la época del humanismo sucedió una cosa análoga: en lugar de irradiar el progreso intelectual de las universidades, fué implantado en ellas por personas no académicas y por la juventud inclinada á lo nuevo y adversaria de lo viejo, y donde los viejos se adaptaron á las ideas y costumbres nuevas, fué muy paulatinamente y despues de la resistencia mas obstinada.

Las universidades, fundadas en la Edad media, eran, sin excepcion, creaciones eclesiásticas, y las fundadas en el segundo período, es decir, el del humanismo, lo fueron tambien en su mayor parte. Al primer período pertenecen la universidad de Praga, fundada en 1348; la de Viena, en 1365; la de Heidelberg, en 1385; la de Colonia, en 1388; la de Erfurt, en 1392; la de Leipzig y la de Rostock, en 1409. Las del segundo período son la de Greifswald, en 1456; las de Friburgo y Basilea, en 1460; la de Ingolstadt, en 1472; las de Maguncia y Tubinga, en 1476; la de Wittemberg, en 1502, y la de Francfort del Oder, en 1506, pudiendo agregarse á este grupo la de Marburg, fundada en 1527, año que entra ya en el período de la reforma religiosa. Fueron todas fundaciones eclesiásticas, porque se dotaron con bienes de la Iglesia, porque eclesiásticos fueron sus promovedores y porque fueron aprobadas cada una por su correspondiente breve pontificio, aprobacion que, lejos de ser una pura formalidad, costó por lo general varios viajes á Roma y sumas nada despreciables para conseguirla. Maximiliano I fué el primer emperador que



Una cátedra universitaria en el siglo xv (copia de una estampa de la época)